

SOR JUANA Y NERVO EN LATINIDAD LÍRICA



LOAS A SOR JUANA
IOANNAE VIRGINIS LAUDES

ENCOMIO AL POETA AMADO NERVO
AMATO NERVO POETAE ENCOMIUM

Hexámetros latinos de
Francisco José Cabrera

Estudio, versión rítmica y notas de
Tarsicio Herrera Zapién



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México, 2007

ÍNDICE

Pórtico	v
Cabrera y la Academia de los Arcades Romanos	vi
Capítulo I. Un himno neolatino de Cabrera a Sor Juana	ix
Claro amanecer	xi
La corte y sus cortejos	xii
El conflicto amatorio	xiv
La sagrada elección	xviii
Capítulo II. Dos neolatinistas ante Sor Juana: Eguiara, doctoral; Cabrera, existencial	xxi
Eguiara vitorea a la Fénix ante un inquisidor	xxii
El disputador escolástico	xxiv
Cabrera da comprensión a Sor Juana	xxvii
Capítulo III. La Fénix enfrenta a Vieyra en un poema neolatino.	xxxv
La “Carta atenagórica”	xxxv
El meollo del sermón de Vieyra	xxxvii
El encomio latino de Cabrera	xxxviii
Epílogo	xli
Capítulo IV. El amor sacralizado de Amado Nervo	xlv
Poesías en francés y en latín	xlvii
Amado y Ana Cecilia	lxii
Sabias compañías	lxiii
Los cantos finales	lviii
Glorioso ocaso	lxi

TEXTO LATINO Y ESPAÑOL

<i>IOANNAE VIRGINIS LAUDES</i>	1
LOAS A SOR JUANA	1
<i>AMATO NERVO POETAE ENCOMIUM</i>	1
ENCOMIO AL POETA AMADO NERVO	1
Notas al texto latino (<i>Ioannae virginis laudes</i>)	LXIX
Notas al texto español (Loas a Sor Juana)	LXXV
Notas al texto latino (<i>Amato Nervo poetae encomium</i>)	LXXXI
Notas al texto español (Encomio al poeta Amado Nervo)	LXXXV

PÓRTICO

A mi amada esposa y a nuestras tres hijas,
a nuestros tres yernos y a nuestros cuatro nietos.

En el homenaje al poeta Francisco José Cabrera,
durante el Congreso Latino Internacional de
Budapest. Agosto 2006.

El licenciado Francisco José Cabrera y Pérez Salazar ha entonado un ciclo magnífico de once himnos épico líricos para los grandes valores de la historia y de las letras en México.

Los dos himnos que presentamos en este volumen exaltan figuras literarias tan egregias como Sor Juana Inés de la Cruz y Amado Nervo. Sabido es que Sor Juana es la más admirada de las plumas líricas de América, pues ya en 1995, en nuestro libro *Tres siglos y cien vidas de Sor Juana*, reseñábamos más de cien libros que la estudian; y desde ese su tricentenario hasta hoy ya alcanzan fácilmente otro medio ciento.

Por su parte, Nervo ha sido, en torno al año de su muerte (1919), el poeta más leído y amado en toda América Latina y en buena parte de España. Su cortejo fúnebre desde Uruguay hasta México sumó multitudes sin precedente: diplomáticos, marinos, estudiantes y miles de lectores.

Los himnos restantes de don Francisco incluyen elogios de tres célebres ciudades, como son *Tenochtitlan* (México), *Angelópolis* (Puebla) y *Cuauhnáhuac* (Cuernavaca), los cuales ya hemos publicado

traducidos a hexámetros castellanos (2004) en esta misma colección Bibliotheca Humanistica Mexicana.

Ya hemos comenzado a abordar su serie de los héroes, entre los cuales Cabrera ha cantado a *Quetzalcóatl*, a *Gonzalo Guerrero* y a *Malintzin*.

Los himnos restantes exaltan al paraíso de los toltecas, *Tamoanchan*, y a la reina de los mexicanos, que es objeto de la *Laus Guadalupensis* de don Francisco. Ya en 2005, ha compuesto su poema *Benito Juárez* en 410 hexámetros latinos.

Trataremos de correr parejas, en años próximos, con la edición de los diez magnos poemas de Cabrera, vertidos al inglés por el ilustre humanista norteamericano William Cooper, quien los ha reunido bajo el título de *Monumenta Mexicana (Mexican heritage)*, publicado en México en el 2004.

Así rendimos homenaje al más destacado de los poetas neolatinos de América de dos siglos a esta parte, después de los ilustres Alegre, Abad y Landívar, glorias mexicanas del siglo XVIII.

En estos albores del siglo XXI, don Francisco José Cabrera mantiene la lengua poética latina “no sólo viva, sino floreciente”, como han declarado en los Estados Unidos sus admiradores de la sociedad latino hablante SALVI y los de la IANLS.

Que el luminoso vate Francisco José Cabrera, “monumento viviente del humanismo mexicano” —lo dijo la doctora Ascensión Hernández— siga manteniendo a nuestra patria entre los señoriales *sapientum templa serena* del latín universal.

CABRERA Y LA ACADEMIA DE LOS ÁRCADES ROMANOS

Don Francisco José Cabrera y Pérez Salazar pertenece a una de las familias que han dado lustre a la Academia de los Árcades Romanos durante los siglos XIX y XX, varios de los cuales han sido también miembros de la Academia Mexicana de la Lengua.

En efecto, todos los humanistas conocemos la gloria romana de don Joaquín Arcadio Pagaza (denominado entre los árcades “Clearco

Meonio”); y la de Ignacio Montes de Oca y Obregón (también llamado “Ipandro Acaico”); y la de Federico Escobedo (apellidado “Tamiro Miceneo”). Con ellos figura Atenógenes Segale (“Elio Turno Zamorense”), así como Atenógenes Silva y Álvarez Tostado (“Ereno Sinopeo”).

Incluso la familia de don Francisco Cabrera cuenta entre los árcades del siglo XIX a sus tíos maternos Ignacio Pérez Salazar (“Alidauro Niconte”) y Manuel Pérez Salazar (“Carigliano Coroneo”).

Don Manuel Romero de Terreros y Vinent, en su artículo inédito “Los árcades de Roma”, refiere que la arcadia romana fue fundada por Cristina de Suecia en 1656, cuando se trasladó a Roma tras convertirse al catolicismo y abdicar su trono. A su muerte, el grupo se transformó en La Arcadia, que en 1690 se instaló en el monte Janículo de Roma, en el llamado Bosque Parrasio.

Don Juan Palomar, en su magistral *Diccionario de México* (1991 y 2004, 1470 páginas), refiere que en México la Arcadia Mexicana fue fundada en 1808, y también daba nombres de pastores romanos a sus miembros. También señala que existió otro grupo similar denominado La Arcadia (Mérida, 1905), además de otra efímera organización análoga fundada en 1886.

A la Arcadia Mexicana habrán pertenecido sin duda don Alejandro Arango y Escandón (“Sceta Neocosmeo”); Manuel Romero de Terreros (“Liconte Tirio”); y Juan B. Delgado (“Alicandro Epirótico”, uno de mis predecesores en la silla IV de nuestra Academia Mexicana de la Lengua).

Me he encontrado todavía con otros nueve árcades mexicanos, que no han pertenecido a nuestra Academia ni han alcanzado fama literaria. Ellos fueron don Hernando Ortigosa (“Agatirso Homeo”), don Ricardo Ortega (“Alceo Tirio”), don Mariano Barazábal (“Anfrisio”), don Susano Melo (“Arquita del Pinciano”), don Julio Zárate (“Berite Meonio”), don Ángel Algara (“Darete Labando”), don Francisco Xavier Conde y Oquendo (“Ermito Albidense”), don José Ignacio Durán (“Perilao Atlanteo”), y don Ambrosio Lara (“Trinio Selinense”).

Estos árcades mexicanos no tuvieron relación con los de Roma, sino sólo con la Arcadia Mexicana de 1808, según se deduce del

escaso conocimiento de la literatura latina (y menos de la griega) que demuestran sus pocos escritos.

Tantos o más méritos que todos nuestros Árcades ostenta don Francisco José Cabrera, recién elegido Miembro Correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua en Cuernavaca. Él, con sus diez magnos poemas épicos en el latín de Virgilio, merecería —como el que más— ser alineado entre nuestros árcades romanos, pese a que dicha Academia, que casi había desaparecido, apenas está renaciendo.